

Y sin embargo hay fiesta

Renata Schneider*

1

En Tlalnepantla, Morelos, un Cristo crucificado casi de tamaño natural quedó sepultado bajo el ciprés —colapsado— del templo. La comunidad se apresuró a sacar los fragmentos que pudo y apremió al párroco para que limpiara y reuniera las piezas despararradas. La escultura fue resguardada y firmemente custodiada en una habitación de la casa cural. El Cristo quedó en soledad, a la espera de su “autocuración”, como dicen que hizo en algún momento hacia finales del siglo XIX cuando, tras quemarse, se recuperó en solitario. A los equipos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) que realizaban los censos de daños no se les permitió la entrada: no era necesario, pues el ícono haría el trabajo por sí mismo.

Pese a lo apretado del tiempo con que contaban las brigadas de restauración, el grupo que censó Tlalnepantla conversó largo rato con la mayordomía del Cristo para comentarle que, si en algún momento lo consideraban necesario, podrían llamarlos y pedirles dictaminar la imagen si es que ésta, por alguna razón, decidía no autorecuperarse. Se les explicó que los materiales podían rescatarse y que sin duda podía hacerse un trabajo para conservar los fragmentos revueltos.

La respuesta llegó en unos días: el Cristo no estaría solo en su proceso y el INAH podría ayudarlo. El dictamen se hizo porque la confianza se ganó.

Desafortunadamente, lo que seguirá escapa a las posibilidades de la brigada, debido sobre todo a las formas administrativas que deben recorrerse para recuperar el dinero para las intervenciones. No obstante, si hay algo de importancia en esta historia que me relataron Daniela Ortega y Diego Ángeles, además de lo interesante que resulta en sí misma, es que gran parte del trabajo del INAH frente a los sismos no es sólo técnico, sino también de contención y de empatía —así como de cautela—. Y eso requiere un tiempo que ha sido difícil obtener, dado que Morelos es uno de los estados más dañados por el sismo del 19 de septiembre, con cerca de 270 inmuebles dañados y al menos 600 piezas que conciliar, proteger, supervisar y, en algunos casos, conservar en forma directa. El tiempo para atender a los custodios tradicionales de las piezas ha sido escaso y los procedimientos establecidos por el Estado mexi-

* Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural, INAH (renata_schneider@inah.gob.mx).

cano para recuperar el patrimonio dañado ni siquiera lo contemplan. Las asambleas comunitarias, las presentaciones y las explicaciones detalladas en cuanto a qué se viene a hacer y para qué no forman parte del programa. El problema es que, si no se toma en cuenta que también se debe atender a personas, es muy probable que los trabajos se ejecuten mal.

2

El área de Conservación y Restauración del INAH se ha visto absolutamente superada por los problemas derivados de los sismos de septiembre de 2017: superada en lo presupuestal, lo organizativo, lo conceptual y lo procedimental, como todo el instituto, probablemente.

En este texto se habla de algunos de los desafíos a que nos hemos enfrentado y, también, de ciertos caminos que se han abierto estos meses y que permiten solucionarlos y reflexionar respecto a nuestro quehacer institucional. Para hacerlo, pedí a varios colegas que relataran algunas de sus experiencias y cito aquí algunas directamente, o bien, retomo sus ideas en lo general.¹

Muchos de ellos son personal de base del instituto; otros se hallan contratados por honorarios, por contratos con fin de término o por salarios compactados. Como en casi todas las áreas técnicas y administrativas del INAH y en todas las delegaciones estatales afectadas por el sismo, ellos trabajaron sumando semanas ininterrumpidas para intentar tener a tiempo los dictámenes técnicos que permitan recuperar fondos para las intervenciones, o incluso realizando directamente acciones emergentes.

Para situar los problemas, comienzo con la descripción de las cuatro actividades principales que el área debió realizar, a saber:

- a) Censar todos los bienes muebles e inmuebles por destino que resultan de interés para el instituto y que sufrieron daños con los sismos. En primer lugar, para recolectar información técnica y estimativa para acceder al Sistema de Apoyos Parciales Inmediatos (Apin) y al Fondo Nacional para Desastres Naturales (Fonden), que son instrumentos financieros del Sistema Nacional de Protección Civil. Después, para el cobro del seguro INAH. Cada proceso considera distintos alcances, requerimientos, formatos, fechas de conclusión, catálogos de conceptos y otros procedimientos administrativos.
- b) Realizar acciones emergentes de rescate de piezas en templos, capillas, museos, zonas arqueológicas, etcétera, aunque en ocasiones esto no fue posible por problemas de tiempo o por tratarse de sitios tan dañados que era imposible tener acceso a ellos.

1. Los restauradores que compartieron sus puntos de vista para este texto fueron Fanny Unikel, David Torres, Gabriela Peñuelas, Jazziel Contreras, Alatiel de la Mora, Diego Ángeles, Daniela Ortega, Martha A. Fernández, Cristina Noguera y Tomás Meraz. En otros momentos recibí impresiones por parte de Elisa Ávila, Frida Mateos, Mercedes Villegas, Josué Alcántara, Haydeé Orea, Nayeli Pacheco, Marie Vander Meer y Fernanda Martínez. A todos ellos les agradezco mucho su ayuda y conversaciones.

- c) Elaborar o ratificar actas de traslado de obra cuando las comunidades o los sacerdotes así lo hicieron por iniciativa propia, sobre todo cuando los templos estaban muy dañados, y más aún cuando éstos ni siquiera consideraban esta necesidad.
- d) Contener emocionalmente a los representantes oficiales —o más o menos oficiales— de las comunidades cuyo patrimonio venerado resultó afectado, y que en muchos casos se hallaban devastados tanto por las pérdidas de sus imágenes o sitios religiosos como por las de sus viviendas.

Llevar a cabo estos trabajos resultó complicado por diversas causas, que se presentaban en las combinaciones más diversas, y ocasionalmente en forma aislada:

- No había suficientes restauradores para ir a censar todos los casos.
- Los caminos estaban dañados y era muy difícil tener acceso a las zonas de interés.
- No se podía acceder *in situ* a las piezas o la lluvia deterioraba más lo que ya estaba dañado y había que volver a hacer los dictámenes.
- No había manera de elaborar una base de datos precisa, ya que cada día aparecían más bienes dañados.
- Las brigadas no eran mixtas. En el mejor de los casos se integraban con arquitectos y restauradores, o con arquitectos, arqueólogos y restauradores, sin considerar la participación de historiadores, etnólogos y antropólogos sociales, y se perdían tiempo y dinero en dobles y hasta triples visitas.
- Las comunidades no nos dejaban hacer los censos.
- Durante la última etapa, el Fonden ya no asumía el pago de acciones emergentes en el rubro del patrimonio cultural, y avisaba que únicamente entraría a ayudar hasta que acabara el seguro INAH.
- No había forma de establecer prioridades y sólo surgían preguntas sin respuestas:
 - ¿Cuáles objetos escoger frente a otros cuando los recursos, por grandes que sean, resultan limitados?
 - ¿Cómo hacer catálogos de conceptos para los cobros de seguro por cada tipo de bienes con precios que se ajustaran a diversos estados?
 - ¿Cómo estimar volúmenes de daño con los ajustadores cuando las brigadas cambian de integrantes constantemente?
 - ¿Cómo calcular los indirectos para conciliar en forma adecuada colecciones de 300 objetos dañados en pueblos muy remotos?
 - ¿Cómo verificar que la imagen de san Juan Nepomuceno que estaba en casa de doña Rosita ya se había trasladado a la casa cural de la cabecera municipal, como se sugirió en la segunda visita, 10 días atrás?

En un instituto que privilegia la labor académica y desprecia la manual, que aplaude más un texto publicado que una tarea realizada, una tragedia como ésta repercute aún más en el trabajo y distribución de decisiones, sobre todo en los Centros INAH.

La dispersión de la información, la falta de instrucciones precisas y protocolos viables, la ausencia de relación entre disciplinas y la enorme cantidad de bienes dañados fueron aspectos que también se revolvieron entre sí durante el ejercicio de estas tareas, hasta formar una gran maraña que ha costado desenredar poco a poco y que demoró mucho el trabajo.

Sin embargo, el mayor problema hoy, una vez solucionados o medio solucionados estos problemas, no puede resolverlo el INAH. Hablamos de una importante falta de fondos que fueron prometidos por las instancias del Sistema Nacional de Protección Civil y que deberá entregar en algún momento la aseguradora que contrató el INAH. Por ejemplo, hasta el día en que escribo esto, en varios estados no se ha pagado a los contratistas que en los primeros meses pusieron recursos de su bolsa para realizar trabajos de apuntalamiento. Debido a lo anterior, aquello que se ha logrado hasta ahora en materia de conservación es limitado y el trabajo “no se ve” mucho.

Este tiempo postsismo se ha convertido, entonces, en un punto de inflexión muy interesante, en todos los sentidos, para el INAH: es un espejo donde mirar nuestras debilidades y nuestras múltiples posibilidades, como expresó David Torres durante las entrevistas.

3

En lo que se llevaban a cabo las cuatro actividades mencionadas arriba, muchas cosas seguían deteriorándose o los templos se mantenían cerrados a falta de dictámenes precisos. Además, ciertos objetos resultaron ser mucho más importantes que otros para la gente de las comunidades afectadas. Y la desesperación por ver esos objetos inutilizables fue haciéndose más grande. Es decir, no sólo importó cómo la restauración podía actuar dentro de los límites y procedimientos impuestos por el instituto o el gobierno en su conjunto, sino también cómo veíamos nosotros las cosas de los otros, cómo esos otros —los afectados— nos veían a nosotros y cómo ellos mismos veían sus cosas.

Aunque a los gestores culturales oficiales del país los angustien profundamente los edificios dañados, entre los cuales, es preciso decirlo, se hallan maravillas,² tal vez las esculturas sean la representación misma de la catástrofe y uno de los principales intereses comunitarios:

Nos asomamos por la puerta y se veía una luz tan intensa al fondo de la iglesia que no te permitía identificar de dónde provenía. Al pasar el umbral, entre escombros regados por el piso, se comprendía que la luz

2. Como los 11 conventos construidos en las faldas del volcán Popocatepetl en Puebla y Morelos. Huaquechula, Tonanzintla, Los Remedios y Tochimilco, en Puebla; Malinalco, Ocuilán, Tlalmanalco y Ozumba, en el Estado de México; Tepalcatingo, Ocotepéc y la catedral de Cuernavaca, en Morelos; Ocotlán, Atlahuetzia y Tepeyanco, en Tlaxcala; Santo Domingo Tehuantepec, Huajuapán, Coixtlahuaca, Tutla y Macuilxóchitl, en Oaxaca, y Santo Domingo, San Francisco y Santa Lucía, en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, por mencionar unos pocos casos.

atravesaba la cubierta del presbiterio derrumbado. El lugar ya estaba vacío. En todos los templos que visitamos en la Mixteca poblana la gente había sacado todo lo que pudo para llevar a lugares seguros, incluso inmediatamente después del sismo y con riesgo de posibles derrumbes. Sólo quedaron los retablos y algunos cuadros que por su tamaño o por la altura a la que estaban colgados eran inalcanzables [Fanny Unikel].

Las campanas fueron también de los bienes más dañados durante los sismos y las consecuencias de su daño sobrepasaron las consideraciones materiales:

Unas quedaron atrapadas, otras cayeron desde lo alto de los campanarios, las demás fue imposible repararlas porque esto implicaría un grave riesgo para los edificios que están debilitados. Por razones distintas, las campanas callaron. Cuando las campanas callan en algunas comunidades, se pierde mucho más que un sonido: se deja de anunciar el fin de la jornada en el campo, se hace más complicado convocar a una reunión o a un velorio. Sin campanas, la gente no sabe bien cuándo tiene que acompañarse o abrazarse. Por mientras, esperan pacientemente el tiempo de volver a vibrar, anunciar, reunir... [Daniela Ortega].

La importancia de estas piezas —y quizá de muchos lienzos— es tal que en la mayor parte de los sitios visitados las esculturas fueron retiradas de los edificios y puestas a salvo en diferentes sitios, a veces juntas, a veces separadas. Como ya anoté, realizar actas de movimiento de las colecciones fue uno de nuestros trabajos principales y deberá continuar así, ya que en muchos casos las colecciones fueron separadas y protegidas en las casas de diversos mayordomos, quienes serían sustituidos en los primeros días de este año durante las entregas de cargos. Esto puede dar lugar a un momento propicio para el robo de arte sacro, uno de los principales y lucrativos negocios ilegales en México.

El enorme, casi infinito universo de bienes dañados,³ y los modos en que es importante cada bien para diferentes grupos, implican algo imposible de aprehender con claridad. Cada recinto religioso —o sitio de interés del INAH— tiene una situación social particular, y aunque puedan constituirse grupos según las necesidades o problemáticas, eso implica tener un censo no sólo de problemas mate-

3. Las cifras que la Secretaría de Cultura, a través del INAH, ha manejado desde octubre de 2017 en todos sus comunicados de prensa hablan de cerca de 1 820 inmuebles dañados (información recuperada de: <<http://www.animalpolitico.com/2017/10/inmuebles-historicos-culturales-sismos/>>). Los bienes muebles e inmuebles por destino lastimados son casi 2000, según datos recopilados por la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural (CNCPC) del INAH en todas las entidades lastimadas, en un conteo hasta el 31 de enero de 2018. En entrevistas a colegas de los estados pregunté el radio de piezas afectadas que deberá atender cada restaurador hasta que se acabe de conservar y estabilizar cada objeto. Las cifras cambian mucho de estado en estado, pues dependen de la cantidad de restauradores de base por cada delegación y de los bienes inmuebles y muebles por destino que hayan resultado dañados en cada entidad federativa. Por ejemplo, en Puebla y Oaxaca calculan que cada restaurador atenderá 60 inmuebles —es decir, lo que está dentro de esos 60 inmuebles—, y en Morelos calculan 90 inmuebles por restaurador —mejor dicho, 155 objetos por cada uno de ellos—. Tampoco debe olvidarse que las intervenciones serán ejecutadas por terceros en casi todos y no por el instituto, que prefirió pagar en especie en vez de ejercer en forma directa el dinero para intentar que éste llegue más rápido a donde necesita llegar y no se pierda en vericuetos administrativos. En los casos de bienes arqueológicos, que por ley sólo pueden ser intervenidos por el INAH, el dinero sí ingresará a las arcas de la dependencia. Los casos de intervenciones directas de patrimonio histórico dependen de muchos factores que, por cuestiones de espacio, no se abordan ahora. Incluso así, aunque no se trabaje directamente todo, el personal del área deberá dar seguimiento a los trabajos, hacer las supervisiones de obra respectivas y atender a todas las comunidades afectadas.

riales, sino de necesidades por localidad, ya que la ansiedad de los grupos sociales afectados, cuando no perciben resultados técnicos visibles después de todas las visitas que se hicieron y se hacen, juega un papel que no debe desestimarse, porque puede alcanzar niveles de enfrentamiento cercanos a la violencia, como pasa ya hoy en los estados de Puebla y Chiapas.

Entender con claridad qué importa más en realidad es uno de los puntos que deben considerarse en forma prioritaria cuando se tengan por fin los medios para atender el patrimonio: nuestro deber es tratar de conservar todo el patrimonio dañado, pero debemos tener claro qué le importa más a la gente y qué más a la academia y al Estado para, a partir de esto, determinar planes de intervención precisos y bien estructurados.

Ya mencioné que durante el sismo se habría avanzado muchísimo más si las brigadas hubieran podido ser en verdad mixtas sin sólo contar con especialistas de las áreas de arquitectura, arqueología y restauración —una situación que no siempre pasó—. En las brigadas debieron participar, sobre todo, historiadores, etnólogos y antropólogos sociales, ya que gran parte de los sitios visitados han sido objeto de investigaciones regionales o particulares, y estas disciplinas podrían haber ayudado al revelar procesos históricos precisos, así como al proporcionar datos acerca de procesos sociales locales.

Estas áreas también podrían haber dedicado tiempo a explicar los procesos que conllevan los censos de patrimonio y los procedimientos legales con que cuenta el INAH para apoyar la reconstrucción del patrimonio cultural, mientras nosotros recabábamos información técnica. Ocuparse de manera simultánea de ambas tareas resultó extenuante, muchas veces infructuoso, y habla de una pérdida de recursos fundamental en el INAH: las prospecciones antropológicas que se hicieron son vitales —si hablamos en términos académicos—, pero aparentemente los grupos humanos afectados prefieren por ahora tener sus valores a resguardo.

4

Mirarnos en el espejo: la idea de que se tiene “puesta la camiseta” es una de las leyendas más importantes que hemos cimentado como área, tal vez porque la escuela de restauración más importante del país es del instituto, y nos es inculcada, casi como una religión, la idea de que existe —sea cierto o no, ya discutiremos eso luego— un patrimonio cultural mexicano que nos identifica, nos define y posiblemente hasta nos protege, y que hay que conservar e investigar cueste lo que cueste —o quizá simplemente porque el INAH es el patrón más evidente y más vale creérsela para funcionar dentro de su lógica—. Lo cierto es que tanto el personal de base como el de contrato —incluso quizá más este último— ha participado sin tregua en las labores postsismos, haciendo un apostolado en docenas de trabajos desde septiembre hasta ahora:

Ir a las comisiones y brigadas tras los sismos no sólo implicó cumplir con mi trabajo como restauradora contratada del INAH. Es un compromiso real de proteger los bienes culturales de México y, sobre todo, de

atender a las comunidades que consideran a sus templos e imágenes como eje de vida y lugares en los que se resuelven problemas comunitarios: ahí se reúnen los pobladores para hacer vida social; y, lo más importante, a encontrar consuelo y alivio a su existencia mediante la oración y la devoción. Saber que esas personas encomiendan su seguridad, su salud, su vida entera a sus imágenes debe implicar entrega profesional. Recuerdo que en el Estado de México nos atendió durante las inspecciones un mayordomo sumamente preocupado porque el templo a su cuidado mostraba graves daños. Una vez concluida nuestra visita, me comentó que había perdido su casa en el temblor del 19 de septiembre, pero lo que lo tenía más preocupado era que la iglesia volviera a estar en funcionamiento. El compromiso de los usuarios de los bienes culturales con su comunidad no debe ser menor al que debemos tener todos y cada uno de los trabajadores del INAH con el patrimonio [Cristina Noguera].

Esta experiencia revela que, si se convocara a la disciplina —y tal vez incluso al instituto en general— a trabajar en campañas extensivas, las llevaríamos a cabo de principio a fin, ya sea mediante campañas amplias orientadas a inventariar bienes muebles e inmuebles por destino, ya sea documentando cada celebración en que se emplean bienes materiales, de modo que se relacionen los daños que tienen las piezas con las actividades que los involucran, ya sea organizando y clasificando bodegas de material arqueológico o paleontológico del país. Hacer misiones nos gusta, al parecer; también observar que no hay planes ni protocolos ni procedimientos muy certeros para atender como disciplina las catástrofes que ocurren en el país, aunque si los inventamos y consolidamos tendríamos muy buenos resultados. Y debemos inventarlos.

Tras el sismo comprendí muy bien cómo se puede ayudar a la gente a través del patrimonio. Desde que hice mi tesis de maestría, llevo unos años intentando saber cómo funciona eso que llamamos *valores*, intentando averiguar los mecanismos por los cuales podemos decir que algo es valioso o importa para ser restaurado. Ahora me queda más claro que nunca; es tan personal y al mismo tiempo tan colectivo. A casi cuatro meses del sismo y después de mes y medio de estar apoyando en brigadas, sólo tengo más preguntas: ¿cómo podemos acceder a esos mecanismos de reconocimiento o apropiación o significación de las imágenes?, ¿cómo podemos respetarlo y considerarlo en nuestras intervenciones?, ¿de verdad la temporalidad de las iglesias o imágenes es tan relevante como para descartar protegerlas según su fecha de creación?, ¿acaso la restauración es un medio para continuar prácticas culturales?, ¿qué tanto importa la materia?, ¿por qué parece que al final la vida práctica y la academia caminan distanciadas y a destiempo? [Gabriela Peñuelas].

Combatir la precariedad laboral de la mayor parte de los restauradores contratados —salarios injustos, contratos a medias— y la relación de inferioridad profesional con otras especialidades del INAH podría lograrse por dos vías: la de la respuesta directa y útil con la materia lastimada, y la de la discusión contante entre nosotros que produzca más certezas y mejores formas de valorarnos externamente; debatir con los que nos dicen qué hacer administrativamente, entre nosotros y con los grupos

—académicos, comunitarios, institucionales— que esperan recibir de los restauradores respuestas y objetos rehabilitados, conservados y restaurados.

5

Chamilpa es uno de los 12 pueblos que conforman el municipio de Cuernavaca. La iglesia está dedicada a san Lorenzo Mártir y su fiesta es una de las más concurridas de la región, llena de templos franciscanos del siglo XVI, como son Ocatepec, Ahuatepec, Tlaltenango, Tepetates, Santa María Ahuacatlán y otros. Durante el sismo del 19 de septiembre se lastimó algo de la estructura y se rompieron dos dedos de la escultura patronal, por lo que la retiraron de la nave y la resguardaron en la sacristía. Censamos sin problemas y luego la visita con la aseguradora también corrió muy bien —excepto que se tuvo que discutir y solicitar permiso para que las arquitectas del INAH y del seguro subieran al campanario, porque de acuerdo con la tradición del lugar las campanas se estrellan si las mujeres suben, aclarando que no era porque fueran machistas, pero que como pueblo con tradiciones respetaban esas creencias—. Al finalizar esa visita me pidieron ayuda porque, con o sin seguro, los fiscales no podían presentar la escultura de san Lorenzo con los dedos rotos. Días después estuve trabajando en la sacristía, solo y bajo llave. Únicamente entraron los fiscales a tomarse un café conmigo. Después de comprobar que los dedos estaban en su lugar, presentaron la escultura a las personas que estaban expectantes fuera de la iglesia —alrededor de 40—. Luego me invitaron a comer carne de cerdo en salsa verde que prepararon especialmente para mí. Tres semanas más tarde, un fiscal me llamó por teléfono y, con tono apurado, me dijo que habían tenido un accidente en Nochebuena durante la procesión, pues alguien con cariño excedido rompió al san José en el pie. Como los fiscales entregaban cargo el 31 de diciembre, necesitaban que fuera con urgencia a restaurar la imagen. Así, mientras celebraban un bautizo en la capilla abierta, se restauró el san José. La comida no faltó, ni los agradecimientos, a horas de que se entregara el templo a los siguientes fiscales... A horas de que se acabara 2017, hubo fiesta [Tomás Meraz].

Todo lo que he expuesto líneas arriba muestra que, al hacer un recuento de los problemas que hemos pasado como profesionales de nuestra disciplina dentro del instituto tras los sismos de 2017 —falta de recursos y personal, precariedad en las condiciones de trabajo de este escaso personal, desorden administrativo y de procedimientos, entre otros ya relatados—, hemos provocado un intercambio de miradas más que productivo: ¿cómo vemos nosotros al INAH?, ¿cómo nos ve el INAH a nosotros?, ¿cómo ven al INAH y a los restauradores del INAH diversos grupos sociales y profesionales?, ¿cómo vemos los restauradores a los objetos culturales/sociales?, ¿cómo vemos a los poseedores o investigadores de esos objetos?, ¿qué vamos a hacer con todo lo que se nos viene encima?

Poco a poco estas preguntas están recibiendo respuestas y se irán respondiendo gracias al sismo. Ojalá las cosas que se salieron de lugar se acomoden bien e igual, pero con otras intenciones. Y por eso, a pesar de todo, hay fiesta.